

L A L B O R A

SEMANARIO
DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 6 de Febrero de 1875.

Núm. 17.

SUMARIO.

Fastos literarios del Perú, por Acisclo Villarán.—Agua va, poesía, por la señora Manuela V. de Plasencia.—El deseo de figurar, por la señora Juana M. Lazo de Eléspuru.—A la poetisa peruana señorita doña Juana Rosa de Amézaga, poesía, por Simon Camacho.—Cecilia, por Luis B. Cisneros.—Versos inéditos: La soledad, del D. D. Benito Lazo: A Filis, del D. D. Mateo Paz-Soldan.— Los Apóstoles y la Magdalena, por Ricardo Palma.—A orillas del Telembí, poesía, por Miguel Riofrío.—Mi gaban, por Paulino Fuentes Castro.—La ventura y la verdad, poesía por Constantino Carrasco.—Virgen muerta, poesía por D. de V.—Ambicion, poesía por el Chico Terencio.—Colaboracion chilena: Definicion del amor, por la señora Rosario Orrego de Uribe.—Club Literario.—Adios del alma poesía y Mosaico, por la señorita Adriana Buendia.—Soluciones.—Charada.

FASTOS LITERARIOS DEL PERU.

Al Señor D. D. Manuel A. Fuentes.

Universidad de San Marcos.

I.

EL Reverendo Padre Maestro Fray Tomas de San Martin, primer provincial de la Orden de Santo Domingo en el Perú y despues Obispo de Chuquisaca, en nombre de la ciudad de los Reyes y con arreglo á las instrucciones que recibió al dirijirse á España, en union del licenciado Pedro de la Gasca, en 1550, interpuso ante el Emperador D. Carlos la solicitud de esta-

blecer "un Estudio General con los mismos privilegios, franquezas y exenciones de que goza la celebrada Universidad de Salamanca, siendo la aulas del principal convento de predicadores el lugar propio y "único de las actuaciones."—La real cédula de concesion fechada en Valladolid en 12 de Mayo de 1551, llegó á esta ciudad dos años despues.

Siendo insuficientes los fondos que los padres dominicos señalaron para fomentar el establecimiento, no se podia atender á la enseñanza de todas las ciencias, ni aun con la asignacion de cuatrocientos pesos anuales que en 18 de Agosto de 1557 decretó el Virey Marques de Cañete.

Estaba en total decadencia la Academia y la época de su estabilidad y progreso data de 1571 siendo su verdadero fundador el Virey D. Francisco de Toledo, quien le dispensó decidida proteccion.

En 25 de Julio del mismo año Pio V. por una bula especial declaró pontificia la real Universidad de Lima.

S. M. Felipe II no creyó conveniente que ella permaneciera en poder de regulares y por real cédula de 30 de Diciembre del mencionado año, dispuso que no obtuvieran la rectoria los padres priores de Santo Domingo y que la desempeñaran doctores seculares.

II.

Reunido el claustro de Doctores en 2 de Julio de 1572 para dar cumplimiento á la última real disposicion; fué elegido Rector D. Gaspar Meneses, Doctor en Medicina y Maestro en Artes.

D. Juan Balboa fué el primero de los criollos que ganó el capelo doctoral.

Por acuerdo de 3 de Agosto de 1574 salió el Estudio General de la férula de los frailes.

En 31 de Diciembre del año arriba citado, se designó á San Marcos patron titular por favorecerlo la suerte entre los demas santos cuyos nombres se colocaron en una anfora, y fué trasladada la Universidad del Convento de Santo Domingo al lugar que hoy ocupa la parroquia de San Marcelo.

Entónces se conferian los grados en el altar de la Virgen de la Antigua de la iglesia metropolitana.

Las universidades de Alcalá, Salamanca, Valladolid, Ávila y Bolonia, hermanadas con la de Lima y admirando sus adelantos, se honraban de reputar sus miembros como de ésta.

En 7 de Agosto de 1767 fueron suprimidas las cátedras de la Escuela jesuita, sustituyéndolas, por autos del real acuerdo, con la de Prima de Sagrada Escritura.

III.

El rápido progreso del plantel, debido á la afluencia de los estudiantes que de toda América venian en solicitud de un asiento en las cátedras; dió origen á la construccion del edificio que hoy es propio de la universidad, monumento que embellecia á la capital y cuya capilla, obra maestra de arquitectura y tallado, mandó demoler el gobierno del Sr. Coronel Balta, en cumplimiento de una resolucion legislativa, expedida á consecuencia de los informes exaje-

rados de dos ingenieros, quienes afirmaron que aquel recinto amenazaba ruina.

Sobre salieron por sus luces desde los primeros tiempos de la universidad hasta nuestros dias, entre otros Doctores cuyos nombres se consignan con orgullo en los libros de claustros; el Exmo. Sr. Porlier, el Conde de Castillejo, el Conde del Puerto, el Duque de San Carlos, el Illmo. Martinez, José Ignacio Moreno, Solorzano, Baquijano, Matias Guerra, Miguel de Lima, (Tomas de Concha), Toribio Rodriguez de Mendoza, Paredes, Pedemonte, Luna Pizarro, Cartajena, Urismendi, Aguilar, Charun, Herrera, Pardo Figueroa, Figuerola, Vidaurre, Gomez, Roldan, Unanue, Valdez, Fuentes, Heredia, Solari, Peralta, Pierola, Olavide, Eduardo Carrasco &.

IV.

La causa primordial de la decadencia de las Universidades, es en sentir de uno de los mas ilustres sabios de Europa, (el Conde de Campomanes,) la antigüedad de su fundacion: "por que no habiendose reformado el método de los estudios establecidos desde el principio, es preciso que padezcan las heces de aquellos antiguos siglos que no pueden curarse sino con las luces de ilustracion que ha dado el tiempo y los descubrimientos de los eminentes sujetos de todo el orbe literario."

Consecuente con esta sabia doctrina y para que la ilustre escuela de San Marcos no se detuviera en la gloriosa senda del progreso, el Gobierno del Gran Mariscal D. Ramon Castilla, decidido protector de de las ciencias y las letras de su patria, decretó la reforma universitaria en 4 de Setiembre de 1861 y colocó al frente del Ateneo peruano á uno de los mas respetables Doctores, á quien cuenta la América del Sur entre sus primeros jurisconsultos. El Sr. Dr. Dn. José Gregorio Paz-Soldan, se hizo cargo de la rectoria y supo restituir al establecimiento la plenitud de su esplendor elevándolo hasta la altura prominente que le asignan sus impercederas tradiciones.

El 10 del mes y año referidos, se verificó la solemne apertura de la Universidad reformada.

El primer síntoma de vida que dió la Escuela fué debido á la erudicion y labores de su digno rector, quien publicó en dos tomos "Los Anales Universitarios," obra en que recordando los triunfos de las ciencias y las artes se rinde homenaje de gratitud y se cita con orgullo á las sabias razones que fueron las lumbreras del Nuevo Mundo y cuyos resplandores irradian aun en el "Estudio General de Lima."

Felizmente para la Universidad, el ilustrado y liberal Sr. D. D. Juan Antonio Riveyro que sucedió en el Rectorado al D. Paz-Soldan, continúa la publicacion de "Los Anales" con el mismo caudal de noticias biográficas que manifiestan la importancia que tuvo La Escuela en remotos tiempos y el prestigio que hoy alcanza por la acertada reforma que sufrió y la hábil direccion del ilustre magistrado que la preside.

ACISCLO VILLARÁN.

AGUA VA.

En que tiempo hemos nacido
Querida Anjelica mia,
Nos tocó la loteria
De la época mas fatal:
Porque me cuentan las viejas
Que antes eran los cristianos,
Tan pacíficos y humanos
Que á nadie causaban mal.

Tiempo en que la mala fé
No estaba tan admitida,
Que era menos corrompida
Entónces la sociedad.
Tiempo en que hombres y mujeres
Respetaban sus derechos,
Y vivian satisfechos
En amor y en amistad.

Tiempo en que en todas las casas
Diz que se usaba de diario,
Cenar, resar el rosario
Y recojerse á las diez,
No era el siglo de las luces,
Por eso la luz buscaban,
Y de dia trabajaban,
Ahora todo está al revéz.

Que en este tiempo dedican
El dia para el reposo,
Y lo bueno ó ventajoso
Se encuentra á la luz del gas
En este tiempo el buen tono
Consiste en cosas estrañas,
Hay enredos y patrañas,
Por donde quiera que vás.

Tiempo que es solo un comercio
De engaños y desengaños,
Tiempo en que afrontan los años,
A quien no sabe mentir,
Tiempo en que los hombres aman
No á la novia sino el dote
Y no esperan que se agote
Para darle que sentir.

Tiempo en que la jóven compra
Desgracia con su dinero,
Tiempo en que el hombre embústero
Es el llamado á gozar.
Tiempo en que ya muchos hacen
De la corrupcion alarde
Y es un tonto ó un cobarde
Quien no tiene que contar.

Tiempo en que se reverencia
Al poderoso mas necio
Y se miran con desprecio
La honradez y la virtud,
Tiempo en que el coñac, el juego,
Y el petardo, es la divisa,
Tiempo en que corre de prisa
Al fango la juventud.

Tiempo en que con repugnancia
Ven al pobre, y al anciano,
Y solicitan la mano
Del que mas tono se dá.
Tiempo en que desde la escuela
Hablan los niños de amores,
Y las niñas les dan flores
Al piquin que tienen ya.

Tiempo en que no se devuelve
El dinero que se presta,
Tiempo en que se hace una apuesta
Y se pierde un capital.

Tiempo en que no se respeta
Mujer ni marido ajeno,
Y en que no sirven de freno
Ni religion ni moral.

Tiempo en que cualquier desgracia
Exita á la gente risa,
Tiempo en que los que oyen misa
Hacen un triste papel.
Tiempo en que lluvias de besos
Se prodigan las amigas
Y se hacen como enemigas
Una guerra ciega y cruel.

Tiempo en que cualquier muñeco
Si sabe darse importancia,
Con tal de que halla ido á Francia
Y que sea un figurin.
Si juega, vota, y convida
Malgastando sus entradas,
Tiene mil enamoradas
Y lo creen un serafin.

Tiempo en que muestran las niñas
Del pecho todo el hechizo,
Y ocultan lo muy preciso
Con un valor sin igual.
Tiempo en que no se usan mangas
Y el brazo ostenta el donaire,
Tiempo en que se lleva al aire
La columna bertebral.

Tiempo en que vale la gente
Por los trapos con que viste,
Y en que un mosalvete triste
Sin nombre ni posicion
Tiene á menos saludarte
Si no llevas gorra y guantes
Pero si te vé brillantes
Te ostiga con su atencion.

Tiempo en que ya los muchachos
Andan con cigarro puro,
Y se ven en gran apuro,
Al contestar, quien es Dios.
Tiempo en que se hallan doctores
Que hablan sendos desatinos
Y por parecer ladinos
Van del ridiculo en poz.

Tiempo en que gosan y triunfan
Muchas mujeres perdidas
Y que son hasta aplaudidas
Cuando dan ejemplo peor.
Tiempo en que son aceptados
Hasta los hombres mas pillos
Y tiempo en que aun los chiquillos
Saben jugar rocambor.

Tiempo en que creen de mal tono
Saber coser un vestido,
Y cuentas paga el marido
Por cinta hasta de un fustan.
Dandole por recompensa
Estar de adornos cargadas
Atrapando las miradas
De todo atento galan.

Tiempo en que tienen vergüenza
Las niñas, de santiguarse,
Pero no así de pintarse
Y á dos ó tres engañar.
Tiempo en que, en los jovencitos
Hay costumbres relajadas
Y como frutas golpeadas
Se pudren sin madurar.

Tiempo en que al proximo pobre
Que conociste sin medio,
Y á quien pusiste remedio
En su hambre ó su desnudez

Si llega á tener fortuna
Ya de tu amistad reniega
Y cual San Pedro te niega
Y te hace algun mal, tal vez.

Tiempo en que no valen nada
Buen nombre ni nacimiento,
Ni la honradez ni el talento
Sino el metal, y el metal
Y que aquel que lo posee
De cualquier modo adquirido,
Logra un puesto distinguido,
Aunque sea un animal.

Tiempo en que todo es tan bueno
Que hasta en la opera francesa
Los chistes color cereza
Se aplauden con frenesí
Y aquellas perfectas formas
Que se lucen con decoro
Hacen siempre á mas de un loco
Sacar su ruina de allí.

Pero si algun personaje
Dándose por aludido,
Me acusa de que he querido
Sin piedad satirizar
Contesto que en carnabal
Se juega de muchos modos
Y que me perdonen todos
Este modo de jugar.

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

EL DESEO DE FIGURAR.

ESCENA QUINTA.

(Los mismos y el herrero Marcos.)

Marcos—(Entra con un gorro limpiándose el sudor con su mandil.) Buenos días, compadre Antonio.

Antonio—Buenos días Marcos, ¿cómo la pasas?

Marcos—Como una lejon de demonios.

Antonio—Hombre, lo mismo que yo, pues qué ¿tu mujer tambien da baile?

Marcos—Para tafetanes está la Magdalena, bueno es el baile en que me has metido.

Antonio—Yo, hombre, ¿por qué?

Marcos—Porque cuando te dije; Antonio; ahí tengo un par de talegas fruto de mis economías, (se entiende) y quisiera ponerlas en una parte segura; y que fueran ganando así un reditillo, porque temo que los mozos de la herrería me las birlen el rato menos pensado; entonces tú me dijiste. Yo conozco un comerciante hombre de bien á prueba de bomba, y todos tienen mucha confianza en él, y en su poder estará mas seguro el dinero, que en el nuestro, me parece que en ninguna parte puedes colocarlo mejor—Entonces—Dije yo—Pues manos á la obra, y los llevé allí.

Antonio—Y bien, qué hay con eso?

Marcos—Qué hay con eso? que acabo de ver echar candado á la puerta del almacén de este honrado comerciante, porque se ha dado por quebrado.

Antonio—Misericordia, ya todo se acabó.

Marcos—Qué es eso chico ¿á tí tambien te prendió?

Antonio—Con todo lo que me quedaba, pues S. S. (les dice á sus acreedores) ya he chancelado con UU. por junto, y así ya pueden retirarse porque no me queda ni un maravedí con que pagarles.

Joven—Pero señor, todos los gastos que ha hecho el patron en disponer la función para esta noche, no es posible que se pierdan.

Antonio—Pues que se los coma.

Dependiente—Y los trajes y manteletas, y demas cosas que la señora ha sacado de la tienda; quién las paga?

Antonio—La moda.

Aleman—Los mueples, me voy llevar.

Antonio—Cargue U. con ellos, donde alguno que como yo, le esté pagando tributo á la vanidad.

Todos—Entonces vamos á sacar orden de embargo.

Antonio—Hagan UU. lo que quieran, llévense en pago todo lo que haya aquí, y si no les alcanza conformense, que esa es la moda (salen los acreedores.)

—Ya ves Chomba al estado á que me ha conducido tu deseo immoderado de figurar.

Chomba—Sí, Antonio, me arrepiento de ello: perdóname, que de aquí en adelante seré ya otra.

Antonio—Después de robado, siempre se le pone á la puerta candado.

Chomba—Nadie tiene la culpa sino la señora Nicolasa, que me aconsejó que entrase á la alta sociedad; pues decía que con el dinero que yo tenia era una temeridad estuviere oscurecida, que para sentar plaza de gran señora no se necesitaba sino atrevimiento, y mucho lujo; Ay! nécia de mí, que le dí oídos para verme como me veo.

Rita—No te decía todos los días—Chomba, mira que aun no es tiempo que te metas en camisa de once varas, deja que el tiempo insensiblemente te irá introduciendo en eso que llaman sociedad, procura todo lo posible adelantar tu capital y asegurarlo de modo que no sufra quebranto; y entonces verás que al olor de la plata te buscarán muy solícitas esas grandes personas, á quienes por atraerlas hoy, estás sacrificando la fortuna de tus hijos—Todo esto te decía á cada rato y tú te enojabas, gracias á Dios que te has convencido de la verdad.

Antonio—Ay tia, y mis hijas no parecen todavía, quiero saber si las pobrecitas han sufrido alguna desgracia.

Rita—Cómo, y á donde están?

Antonio—Chomba, que ha dado en seguir las costumbres de Europa, tomándolas por el extremo, las ha mandado al Callao con dos hombres desconocidos.

Rita—San Antonio del Fondo, me asista! ¿Y quiénes son esos hombres?

Antonio—Son dos extranjeros, que uno de ellos es capitán de la barca *Mary* que dijo se iba mañana.

Rita—Ahora me acuerdo, ese es el nombre del buque en que se ha ido el pulpero Colifichi, de la esquina del Espíritu Santo, pero ese buque se ha ido á las dos de la tarde porque así me lo dijo él cuando fuí á su

pulperia esta mañana á las ocho, y él se iba á esas horas al Callao.

Chomba—Ay! quién sabe si dijeron que el buque no salía hasta mañana por llevarse á mis hijas, vaya U. tia Rita á encenderle una lampara á S. Antonio del Fondo, porque no suceda tal cosa, vaya U. breve tia.

Rita—Sí, ya soy otra vez tu tia, cuando hay cayos Santa Bárbara, voy volando. (sale)

JUANA M. LAZO DE ELÉSPURU.

(Concluirá.)

A LA POETISA PERUANA.

SRTA. DA. JUANA ROSA DE AMÉZAGA.

Tu canto, Rosa, es tan lindo
Que yo lo sé de memoria;
Ve si me gozo en la gloria
Con que remontas al Pindo.

Tú das forma al sentimiento,
Yo rindo culto á la forma;
Y esclavizado á tu norma.
Con ella feliz me siento.

La delicada ternura
De tu corazón me inspira
Y mi razón en tí admira
Del génio exquisita hechura.

Más escucha: de poeta
También antaño crecía
Mi orgullo que poseía
Estro, pincel y paleta.

Contemplando la creación
Me arrebató el entusiasmo,
Quise pintarla. Oh! sarcasmo,
Solo dibujé un borron.

Por eso al leer tus cantatas
Llenas de tierna armonía,
Me encanta la poesía
Con que tú nos la retratas.

Flor del valle Peregrina,
Rosa del peruano suelo
Alma pura que del cielo
Trajo su esencia divina;

Dulce inspiración alada
Que sobre el aire se mece;
Luz de estrella que aparece
Rielando en mar sosegada;

Espíritu del creyente
Que gime; oculto suspiro
Cuyo misterioso giro
Persigue el eco doliente;

Tierna, casta melodía
Tan melancólica y suave
Como los trinos del ave
Al morir la luz del día;

Són, pausado en lontananza
Que embelesa los sentidos;
Ayes del alma; gemidos
De una inmortal esperanza;

Voz recóndita que clama
Por otra vida mejor,
Emanación del Señor
Cuya exelsitud proclama;

Tus cantos la historia son
De unos amores del cielo,
Que siempre tienden el vuelo
A su pristina mansion.

No los detengas: repito
Constante el laud sonoro
Esa del etereo coro
Inspiracion infinita.

Llena el mundo tu cantar
Con su santa inspiracion;
Camino del corazon
Siempre le hemos de encontrar.

Canta Rosa, y aquel dia
En que mi vida concluya,
Mandame una trova tuya
A mitigar mi agonía.

SIMON CAMACHO.

Lima, Enero 1875.

CECILIA.

(SIMPLE HISTORIA.)

I.

SU historia es dulce como el perfume de la violeta, sencilla porque es verdadera, y corta como su existencia.

Se llamaba Cecilia, y como el ángel de la música, jamás un nombre poético coronó una cabeza más impregnada de poesía. Tenía el rostro de un ángel y una voz infantil aún, vibrante y solemne por momentos.

Cuando cantaba parecía no pertenecer ya á lo que la *salve* llama este valle de lágrimas, y su canto era como el eco de un concierto celestial que resonaba en su corazón.

En sus ojos se reflejaban los vagos resplandores del infinito; soñadoras y profundas, cuando meditaba, sus miradas parecían sumergirse en las intensidades de lo desconocido.

Su cuerpo era á primera vista frágil y enfermizo: los médicos habían pronosticado que moriría joven. Este pronóstico la sobrecojía de terror por instantes, y sonriendo decía muchas veces, que deseaba amar para no morir sin conocer ese sentimiento y dejar su corazón en herencia á alguno sobre la tierra.

Tenía entonces catorce años, y el joven de diez y siete á quien decía estas palabras, era precisamente, el hombre á quien debía amar.

II.

Ernesto había sido compañero de su infancia: los castillos de sus padres se encontraban en el mismo valle, separados solo por un accidente del terreno, un bosque sombrío y un viejo puente.

Ernesto escuchaba esas palabras de Cecilia, dos días después de haber llegado de París, en las vacaciones de Colejio. Hablar del amor entre dos jóvenes es alentarse mutuamente á amar, y por lo mismo es casi amarse.

La tristeza poética de los sentimientos de Cecilia y su belleza cautivaron repentinamente el corazón del joven. Ernesto creyó por un instante que ese amor era un efecto de su imaginación exaltada; pero toda

lucha fué inútil, y amó á Cecilia, á la pobre criatura condenada á muerte, á pesar suyo.

Cuando Ernesto cubriendo de besos las manos de la joven, le dijo un día.
—Yo os amo!

Cecilia contestó con dos lágrimas y una sonrisa que revelaban toda la ternura de su alma.

—Y yo, yo también os amo.....yo os amaba desde hace dos años!

III.

No había sido creada para las pasiones siempre ásperas y groseras de este mundo, y sin embargo amó, no con uno de esos amores ardientes é impetuosos cuyos goces tocan de cerca al dolor, sino con una afección dulce y santa como ella.

Niña aún, amó á quien era como ella casi un niño; ¿los ángeles no se aman en el cielo á toda edad?

En la época de vacaciones de Ernesto, durante dos años, los dos jóvenes conocieron todo lo que ese amor podía encerrar de voluptuosidades serenas y tranquilas. Sin buscarse, casi guiados solo por el sentimiento instintivo de sus almas, se habían encontrado y amado. Asidos por la mano, sin pensar en cambiar un solo beso impuro, recorrieron los senderos perfumados de la vida embriagados por esta afección joven, apacible y melancólica.

Todas las tardes salían solos y á pié á pasear los alrededores de los castillos de sus padres y contemplar la naturaleza. De tiempo en tiempo se detenían en el camino para cojer una violeta. Ernesto adornaba con ella la cabeza de su amada, la contemplaba un instante y sonreía. Cecilia contestaba con otra sonrisa, y ambos seguían su alegre marcha hasta encontrar otra flor.

Cuando llegaba la noche, los cabellos de Cecilia habían desaparecido bajo un velo de flores, en el cual cada tallo representaba una nueva y recíproca declaración.

Los dos jóvenes entraban silenciosos al castillo. Se habían dicho: "yo te amo!"; ¿qué más habrían podido agregar para ser felices? Cecilia cantaba una aria sentimental de alguna ópera y se separaban diciéndose: "hasta mañana!"

IV.

Esta afección de un carácter tan puro, elevado y sublime tenía por cuadro la naturaleza con sus riquezas espléndidas y el cielo con su azul vasto y sereno.

Esta pasión simple, grande, infinita, tenía por aureola las tardes risueñas y serenas de una campiña simple y grande como ella, con un horizonte sin límites y bosques verdes, espesos y serenos.

Este amor lleno de ardor y de vida, tenía para respirar el aire puro y refrigerante de las praderas embalsamadas.

Esas ingenuas y castas declaraciones tenían por acompañamiento el canto del arroyo que corre sobre su lecho de piedras, el susurro trémulo de las hojas y el murmullo amoroso de los pájaros ocultos en los floridos matorrales.

El poema de este amor de dos niños no se escribirá jamás, porque para escribirlo se necesitaría haberlo sentido y no ha habido tal vez en el mundo otros dos seres que se hayan amado en las mismas condiciones de edad, inteligencia sentimientos y virginidad de alma.

V.

Un día Cecilia dijo á su amado.

—Ernesto, la muerte no se aparta de mi pensamiento; ¿si llego á morir pronto, me amarás siempre?

Al hablar así, su mirada vaga y oscura se dirigía hácia el cielo como si hubiera divisado en él celestes visiones que le sonreían.

—Si tú mueres, respondió Ernesto, siento aquí en el alma, que yo también moriré; pero si quedase sobre la tierra, al lado de tu tumba, mi vista no se separará del cielo; allí te reconoceré y tú vendrás á consolarme.... Pero no.... tú no me dejarás solo, Cecilia; tú estarás siempre á mi lado. ¿Por qué vienen á entristecernos esos lúgubres pensamientos? Mira las rosas y los lirios que florecen; todo está lleno de vida al rededor de nosotros; las margaritas se inclinan para conversar unas con otras; ¿porqué hablar de separación?

Cecilia permaneció en silencio: poco después reclinó la cabeza sobre el hombro de su amado.

Y los dos jóvenes lloraron!

VI.

Era una triste mañana de otoño.

De pié, sobre la gradería del patio del castillo, Cecilia distribuía á los pobres del valle la limosna que estaban acostumbrados á recibir de su mano cada semana.

De repente la joven palideció, arrojó un grito y cayó desmayada.

Dos días de fiebre bastaron para consumir toda la vida que había en ella.

Cecilia murió diciendo á Ernesto que sollozaba arrodillado.

—No me olvides!

Sobre su tumba se gravaron estas solas palabras:

HERMOSA Y BUENA.

DIEZ Y SIETE AÑOS.

VII.

El joven vivió largo tiempo con el culto de este santo recuerdo tanto más dulce cuanto más casto había sido el amor de ese ángel, sobre cuyos labios no había jamás apoyado sus labios. Pero más tarde, y poco á poco, este recuerdo se fué borrando de su mente y acabó por desaparecer en el torbellino de las luchas y preocupaciones de la vida.

Amó á otras mujeres; ¡ingrato! y les dijo también "yo te amo"; llegando á acostarse á decirlo con tanta frecuencia, que muchas veces lo dijo sin pensarlo.

Pero llegó un día en que el joven, ya hombre, sintió su corazón despedazado por amargos dolores y por la negra desilusión coronada de espinas. Entonces pensó en la enamorada rubia de las primeras horas de su juventud, recordó su solemne promesa y

con el corazón oprimido por un tardío remordimiento volvió á penetrarse del recuerdo de esa tierna y suave afección.

De entre las memorias de todos sus caprichos mundanales sacó el retrato de su antigua amada confundido con ellas durante largo tiempo; el cuadro estaba descolorido, pero el rostro de Cecilia era siempre el mismo; después de haberlo contemplado en silencio y durante algunos minutos, un sollozo oprimió su garganta y sintió un diluvio de lágrimas que subía de su corazón á los ojos.

Eran las primeras que derramaba desde hacía mucho tiempo.

VIII.

“¡Oh mi rubia amorosa, exclamó Ernesto, como si ella hubiera podido oírlo, yo te amo . . . te amo aún. Te he olvidado durante largos años, pero hoy vuelvo hacia tí ¡oh mi suave compañera de otros tiempos! Muchas veces he blasfemado del amor; pero dígame lo que se quiera, hay siempre en el fondo del corazón un último pliegue en que se abriga y guarda un pensamiento casto y consolador para buscar nuevas fuerzas en los malos momentos de la vida. Tú eres, ¡oh mi dulce enamorada!, tú eres mi refugio y el oasis intacto y virjinal en que puedo reposar mi corazón adormecido. Abreme tus brazos, pues que vuelvo hácia tí. Perdóname dulce amiga ¡yo te amo aún!”

IX.

Dominado por estas impresiones, Ernesto emprendió un viaje al valle natal y se sintió más penetrado del recuerdo de Cecilia al ver los lugares en donde había sido dichoso con ella. El arroyo á cuyos bordes se paseaban en las solemnes y hermosas tardes de verano, las avenidas de árboles y los campos en que recojían margaritas, la fuente á cuyo pie se sentaban juntos y suspiraban de felicidad contemplando á lo lejos las alas veloces de los molinos en movimiento. Todo le parecía un sueño ó un encanto. Ernesto se imaginó que su amorosa rubia estaba aun allí, que la contemplaba al través de los setos floridos y que al tornar un recodo del camino iba á encontrarla y á arrojarle en sus brazos.

Nada había cambiado. La naturaleza de esos lugares era siempre la misma. Pero Ernesto se cansó de esperar durante todo el primer día; Cecilia no llegaba y por la tarde se decidió á tomar el camino que conducía al cementerio.

X.

Nada había cambiado tampoco en ese camino que tanto había recorrido en los primeros años de su juventud, después de la muerte de Cecilia. Los campos de lino estaban en flor; bajo los arcos del vetusto puente, el río dejaba correr con alegre ruido su onda cristalina, los pájaros cantaban festivamente, y las aldeanas trabajaban, riendo en los campos de espigas iluminadas con un mar de oro por los últimos rayos del sol.

A la entrada del cementerio nada había cambiado tampoco. La cruz de piedra estaba cubierta de yedra tan verde y tan espesa como en otro tiempo.

Ernesto pálido, ajitado, trémulo, se precipitó y se perdió entre las tumbas.

Pero la disposición de los monumentos había sido variada. Las antiguas calles no existían. El cementerio había sufrido una transformación completa. El campo de la fosa común estaba en el lugar ocupado an-

tes por los más ricos sepulcros de familia; nuevas avenidas de árboles, nuevas tumbas, nuevas adquisiciones de terrenos para ensanchar el cementerio lo habían cambiado todo y produjeron una confusión terrible en la inteligencia del joven. Un instante después había recorrido todas las tumbas y en ninguna había encontrado la simple y bellísima inscripción de la lápida de Cecilia.

Inútilmente volvió á recorrerlas todas una á una, á examinar todas las lápidas ennegrecidas y á leer todas las inscripciones casi borradas por el tiempo.

La tercera vez le sucedió lo mismo.

Al fin llamó al guardian y lo interrogó.

El guardian dijo al joven que en el desorden natural de las innovaciones del cementerio, y á pesar de todas las precauciones, muchas lápidas y osamentas se habían confundido con otras ó se habían extraviado. Entre ellas se encontraba la persona cuyo nombre repetía Ernesto á cada instante, como aterrado por las palabras del guardian. La familia de la joven había hecho cuanto era posible y ofrecido una gran cantidad de oro con el fin de descubrir el cadáver de Cecilia.

Todo había sido inútil.

Ernesto se sentó sobre una piedra, rogó al guardian que lo dejara solo. Con la cabeza entre las manos se puso á llorar sin consuelo. En efecto la tierra no lo tenía ya para él.

XI.

A la luz de una lámpara Ernesto recorrió de nuevo durante la noche, varias veces, todas las tumbas diciéndose que lo que el guardian le había referido era imposible.

A la mañana siguiente se esparcía en las aldeas vecinas el ruido de que había en el cementerio un loco que no quería salir de él y que inscribía frases incomprensibles sobre todas las lápidas.

Ernesto se encuentra hoy en una celda de la casa de locos de Charenton, cerca de París. Los muros de la celda están literalmente cubiertos de rayas y de letras hechas por medio de cuanto puede servirle para ese objeto. El joven demente, dulce y cariñoso para los que se acercan á hablarle, escribe sin cesar estas solas palabras:

“CECILIA.

HERMOSA Y BUENA.

17 AÑOS”.

LUIS B. CISNEROS.

Havre, 1865.

VERSOS INÉDITOS.

La elevada reputación científica, los eminentes servicios prestados al Perú en su lucha de independencia y la integridad probervial del magistrado que honró la presidencia del Supremo Tribunal de la República; son recuerdos gloriosos que evocamos hoy, al publicar un trabajo del poeta filósofo, del patricio abnegado y del vocal ilustre: Dr. D. Benito Lazo.

LA SOLEDAD.

¡Que envidiables placeres
Los del hombre aislado,
Labra la tierra y paca su ganado,

Y entre honestos quehaceres
Ocupa el tiempo del calor y frío;
Y que Padre y Esposo
En constante reposo
Es dueño de su amor y su albedrío.

De la paz bien hechora
Su albergue es la morada
Y cuando la ciudad tiembla aterrada
Por bomba destructora,
Que rayo y trueno y bronce á un tiempo lanza
En batalla horrorosa,
Su sampoña graciosa
Suenan y anima á la inocente danza.

Libre alegre y activo
A su elección se afana,
Trabaja por la tarde ó la mañana
Con semblante festivo,
Y de las horas de la noche dueño
Reposa sin el susto
De que un poder injusto
Le obligue á interrumpir su dulce sueño.

Monarca soberano
De cuanto lo rodea
Disfruta á su placer lo que desea,
Pues no desea en vano.
La adorada mujer é hijos queridos
Vejetales y brutos
Le rinden por tributos
Delicia al alma y gusto á los sentidos.

El amor y ternura
Con que su bien amada
Le presenta la fruta sazónada,
La hortaliza madura,
Y la leche que hordeña con sus manos
Su vigor afianza
Y le dá esperanza
De pasar la vejez con días sanos.

Acaricia á su esposa
Con amor de confianza
Sin el temor de pérdida asechanza
De amistad sospechosa
A sus hijos con prácticas lecciones
A la virtud los guía,
Y sociedad impía
No corrompe sus tiernos corazones.

Observa con esmero
La ley santa y eterna
Por la que el Universo se gobierna
Ley que sacro embusteros
Y el guerrero feroz sustituyeron
Con mil pueriles cantos,
Y discretos sangrientos
Que al hombre libre en siervo convirtieron.

Alta en su apartamento
Desconoce la envidia
No teme de un amigo la perfidia,
No dá al rencor asiento:
Como á nadie hace mal no halla enemigo
No adula al poderoso
Por que el es más dichoso,
Mientras que en cada pobre ve un amigo.

Libre de la tortuosa
Política mundana
Sigue de la verdad la senda llana,
Sin sufrir la insidiosa
Razon de estado que del hombre ha hecho
Un ser falso y rastrero,
Que por gloria ó dinero
Muestra el semblante pero oculta el pecho.

Cuan superior se mira

Al bajo cortesano
Que obligado se vé á besar la mano,
Del grande que le hiere
Y á sonreirse en el furor de su ira,
Cuando allá en su cabaña
Su amor su calma ó saña
Sin disfraz mostrará cual la sintiera.

Al fin sin la cadena
Que á la razon sujeta,
Sin que la astucia ó fuerza lo someta
A la opinion agena
Medita y habla y su pensar escribe.

O cancion! si algun dia
Entonarte lograra
En la isla que el destino me prepara
Tal vez por dicha mia,
En tí cantara mi envidiable suerte
Disfrutando esa calma
Que hace gozar al alma
Tranquila vida y apacible muerte.

ELEGIA A FILIS.

DEL D. D. MATEO PAZ-SOLDAN.

!Ah, cuánto me atormenta, Filis mia,
La cruel indiferencia en que ha parado
El amor que otro tiempo en tí veía!

Yo no sé cómo, cómo abandonado
Me déjas á la fuerza del destino,
Sin mas motivo que el haberte amado.

¿O acaso dudas de mi afecto fino,
Que quieres sofocar mi alma llorosa
En el fuego voraz que de tí vino?

Lóbrega noche, tú que silenciosa
Recorres los ocultos pensamientos
Del mísero mortal cuando reposa:

Decid si no es verdad que mis lamentos
Me han eximido de tu dulce imperio,
Entregándome á crueles sentimientos.

Y tú, bella Alba, que con paso sério
Sucedes á las sombras, prodigando
Al universo dulce refrigerio;

Decid á Filis cómo vigilando
Y anegado en dolor siempre me hallaste,
Al cielo mis clamores elevando.

Tú misma, Filis cruel, bien observaste
Impresa en mi semblante la amargura
Desde el dia fatal que me miraste.

Ay! ¡cuánto mas feliz si en noche oscura
Pudiera convertir el triste dia
Que quise conocer tanta hermosura!

¡Oh, qué contento entonces viviría!
¡Con qué facilidad al blando sueño
Mis miembros fatigados rendiría!

¡Oh inútil ilusion, oh vano empeño!
Ya no es posible verme cual solía
Gozando de mi humor tan halagüeño.

Ya bien conozco que la estrella mia,
En los años primeros de mi infancia,
Se vale del puñal de tu inconstancia,
Para privarme de la luz del dia.

LOS APOSTOLES Y LA MAGDALENA.

(HISTORIETA TRADICIONAL.)

EL cronista Martínez Vela, en sus *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, habla extensamente sobre el asunto que hoy me sirve de tema para esta tradicioncilla. Citada la autoridad histórica, á fin de que nadie murmure contra lo auténtico del hecho, toso, escupo, mato la salivilla y digo:

I.

Allá por los años del Señor de 1657 era grande la zozobra que reinaba entre los noventa mil habitantes de la Villa, y en puridad de verdad que la alarma tenia razon de ser.

Era el caso, que á todos traia con el credo en la boca la aparicion de doce ladrones capitaneados por una mujer. Un zumbon los llamó *los doce apóstoles y la Magdalena*, y el mote se popularizó y los mismos bandidos lo aceptaron con orgullo. Verdad es que mas tarde aumentó el número, cosa que no sucedió con el apostolado de Cristo.

Los apóstoles predicaban el comunismo no solo en la poblacion sino en los caminos, y con tan buena suerte y astucia que burlaron siempre los lazos que les tendiera el Corredor don Francisco Sarmiento. Lo único que supo éste de cierto fué que todos los de la banda eran aventureros españoles.

Pero de repente los muy bribones no se conformaron con desbalijar al prójimo, sino que se pusieron á disposicion de todo el que queria satisfacer una venganza pagando á buen precio un puñal asesino. Item, cuando penetraban en casa donde habia muchachas, se entregaban á todo género de exesos; y á propósito de esto cuenta el candoroso cronista, con puntos y comas, un milagro que yo referiré con rapidez y como quien toca un carbon hecho ascua.

Fueron una noche los apóstoles á una casa habitada por una señora y sus dos hijas, mocitas preciosas como dos carbunclos. A los ladrones se les despertó el apetito ante la belleza de las niñas, y madre y muchachas, llamaron en su socorro á las que viven en el Purgatorio que, en lances tales, tengo para mí son preferibles á los gendarmes, guardias civiles y demas bichos de la policia moderna. Y quien te dice, lector, que las ánimas benditas no fueron sordas al reclamo, cómo sucede ogaño con el *piteo* de los celadores, y en un cerrar y abrir de ojos se coló un rejimiento de ellas por las rendijas de la puerta; con lo cual se apoderó tal espanto de esos tunos que tomaron el tole, dejando un talego con dos mil pesos de á ocho, que sirvió de gran alivio á las tres mujeres. No dice el cronista si dieron su parte de botin en misas á las tan solícitas ánimas del otro mundo; pero yo presumo que las pagarian con ingratitud, visto que las pobrecitas no han vuelto á meterse en casa ajena y que dejan que cada cual salga de atreznos como pueda, sin tomarse ya ellas el trabajo de hacer siquiera un milagrito de pipiripabo.

II.

Pues, señor, iba una noche, corriendo aventuras por la calle de Copacabana, el bachiller Simon Tórtolo, cleriguillo enamorado y socarron, cuando de pronto se halló rodeado por una turba de encapados.

—¿Quién vive?—preguntó el clérigo deshonrando su apellido, es decir sin atortollarse.

—Los doce apóstoles—contestó uno.

—Que sea enhorabuena, señores míos. ¿Y qué quieren conmigo vuesamercedes?

—Poca parola y que con los maravedises del bolsillo entregue la sotana y el manteo.

—Pues por tan parva materia no tendremos querella—repuso con sorna el bachiller.

Y quitándose sotana y manteo, prendas que en aquel dia habia estrenado, las dobló, formó con ellas un pequeño lio y cuando estaba para terminar dijo:

—Gran fortuna es para mí haber encontrado en mi peregrinacion sobre la tierra á doce tan cumplidos y privilegiados varones como vuesamercedes. ¿Con que vuesamercedes son los apóstoles?

—Ya se lo hemos dicho—contestó con aspereza uno de ellos, que por lo rascabias y por llevar la voz de mando debia ser San Pedro—y despache que nos corre prisa.

Mas Simon Tórtolo, colocándose el lio bajo el brazo, partió á correr gritando:

—Apóstoles, sigan á Cristo!

Los ladrones lo intentaron; pero el clérigo, á quien no embarazaba la sotana, corria como un gamo y se les escapó fácilmente.

III.

Poco despues desaparecia de la villa una señora principal. Buscáronla sus deudos con gran empeño y, transcurridos algunos dias, fué hallado el cadáver en el Arenal, con la cabeza separada del tronco. Este crimen produjo tan honda conmocion que el vecindario reunió en una hora cincuenta mil pesos, y se fijaron carteles ofreciendo esa suma por recompensa al que entregase á los asesinos.

Como el de Cristo tuvo tambien su Judas este apostolado, salvo que aquí la traicion no se pagara con treinta dineros roñosos sino con un bocado muy succulento. Gracias á este recurso, todos los de la banda fueron atados al rollo y, tras de pública azotaina, suspendidos en la horca.

Solo la Magdalena escapó de caer en manos de la justicia. Suponemos cristianamente que, andando los tiempos, tan gran peccadora llegaria á ser otra Magdalena arrepentida.

RICARDO PALMA.

Lima, Enero 1875.

A ORILLAS DEL TELEMBI.

No rinde al proscrito cobarde tristeza
Al ir peregrino de hogar en hogar,
Pues mira estenderse de Dios la grandeza
Por montes, y valles, y el cielo y la mar.

Un punto nos quitan, un punto querido
Que Patria llamamos con fervido amor;
Mas presto encontramos que al punto perdi-
do) Se sigue en lo inmenso la patria de Dios.

He visto cien montes de formas extrañas;
Hollé mil peñascos con tímido pié;
Crucé con asombro las rudas montañas
Do moran las fieras con regia altivez.

Al fin por descanso sentado á esta orilla
Mirando incesantes las aguas pasar,
La mente se eleva, se expande y se humilla
Al ver que aun los siglos son soplo fugaz.

Cual vagos enjambres, sagradas memorias
De tiempos remotos se vienen aquí:
Sucesos y nombres de viejas historias
En tristes murmurios me dá el Telembí;

De patrias antiguas allá de otros mundos
Las linfas corrientes vehículo son,
Que al nuevo Universo recuerdos profundos,
Por siempre indelebles le da en tradicion

El Gránico, el Misio y al norte el Sangario,
El aureo Pactolo, el Ermo, el Halís
A un mundo de guerras, que es hoy solitario
Miraron formarse, crecer y morir.

Y siguen sus aguas las ruinas bañando
Y viendo á los siglos, como ellas correr,
Y siempre incesantes pasando, pasando
Veran á naciones que estan por nacer.

Recuerdo el Eufrates, el Tigris y el Nilo,
Con todos sus cuadros de mística uncion,
Que fueron del pueblo de Dios el asilo
Y luego de larga letal proseripcion.

Recuerdo el Sinóis que un tiempo de Tro-
ada) Las regias ciudades bañaba al pasar,
Y ya solitaria su linfa olvidada
Hoy pasa lamiendo desierto arenal.

Oh, cuántos despojos de patria perdida
Arrastra la riada del tiempo veloz!
Un punto es la patria y aun ménos la vida:
Busquemos en lo alto la Patria de Dios.

MIGUEL RIOFRIO.

Mayo de 1861.

MI GABAN.

ARTÍCULO DE FÓSFORO

ERA de casimir, un tanto burdo por lo grueso y un tanto respetable por lo largo, como que me llegaba hasta las pantorrillas. Pero asimismo, por lo burdo me cubria del frio, en toda la estacion del invierno, y por lo largo me servia de elegante *habit* en Verano, allá por los años de 18. . . . en que la moda prescribia á la elegancia masculina un leviton largo y cerrado á manera de vestido de sacerdote protestante. Verdad es que siempre fué la moda coqueta, en el sentido de rendirse á todos los cultos, y no hay para ella regla permanente.

Por ese entónces, era yo un simple carolino, aunque, por mi ambicion y pretenciosos alcances, me soñaba un escritor hecho y derecho: vanidasilla era todo, vanidásilla de estudiante engreido; pero que me hinchaba como los globos de papel, que en dias de dias, ó aniversarios del Rector, se hacen surgir en los colegios.

Oh! mi gaban era por aquella época mi todo, mi diablo familiar, y en Dios creia y en él adoraba, salvo una que otra chica de lindo palmito, á quien en morado y oloroso papel se lo decia como quien no comete sino pecado venial en mentir.

Era, recuerdo, de color plomo ribeteado con cintas negras, que cada año las remudaba para conservarlo flamante; pues el género tenia la virtud maravillosa de no desmerecer á la vista, á pesar de sus campañas invernales y veraniegas.

¡De cuántos secretos fué confidente, cuántas escursiones hice en su compañía! Si hablára, si hablára, cuántas cosas diria! De seguro que con todo lo que él presenció podría escribirse muchas páginas: resitaria *ad pedem literae* toda la instituta de Justiniano, que me acompañó á recorrer desde los famosos cuatro principios de la jurisprudencia romana: *honeste vivere*. . . hasta el Digesto, no ménos famoso; escribiria un libro que se podría intitular "ilusiones;" se volveria poeta, describiendo las mañanitas alegres pasadas en la huerta de Matamandiga, si no me equivoco hoy Palacio de la Exposicion, donde al pié de los chirimoyos, hacia la vida de estudiante; y luego en las tardes de verano, doradas todavia por el sol, recordaria las sabrosas lecturas de Michelet, los divertidos viages de Anacarsis, y haria desfilar desde Virgilio hasta Pierre Verron, á toda una pléyade de poetas y prosistas, que se han ocupado de dar al sentimiento y á la idea, los mil matices del iris para recreo y solaz de sus semejantes. ¿Quién habia de profetizar su lastimero fin? Un dia fué bastante para terminar por sécula seculorum su mision sobre mi cuerpo.

Pues, señor, la historia es interesante y merece un párrafo: les he dedicado tantos á quienes no prestaron tan útiles servicios? . . .

Si el sastre lo hubiera visto en las últimas, de seguro que hubiera derramado lágrimas cada gota del tamaño de una almendra pelada.

Inseparable de mí, era un otro yo, nos habiamos identificado de tal suerte, que mis amigos me distinguian de á legua. Algunas vecinas murmuradoras, decian al verme pasar:—allí vá el leviton.

Ay! qué contento
Ay! qué placer
Sentía al verme
Con mi gaban:
Todas las chicas
Se alborotaban
Y se decian:
—Mira: allí vá.

Y las tenia tan alborotadas que, le habian jurado guerra á muerte. Mis amigas se hacian lenguas porque yo le abandonara; pero yo mas fiel que un poeta á las musas. Mientras una me decia:—¿Se vá usted á enterrar con el gaban?—añadia otra: ¿Cuán-

do murió el difunto? y agregaba una tercera:—¿Se ha metido usted á suertero?—No, es que le tengo ley—les contestaba llanamente.

Las vecinas de la parroquia le habian señalado durante el año, y habian hecho promesa de *ahogarlo*, dentro de una tina. Pero él salia bien librado de estas emboscadas, que cada año en vano se repetian y aprestaban á llevar á cabo durante los tres dias de carnaval.

Lo que no sucede en un año sucede en un dia. Llegaron los dias de locuras. Pasó el Domingo, bien. Pasó el Lunes muy bien. Llegó el Mártes, último dia. Estaba este designado en el libro del destino; y no pasó el Mártes. Sucedió que, despues de haber terminado el fragor del juego, me llamaron á parlamento del balcon de mi vecina, enseñándome para el efecto un pañuelito blanco de olan batista. Era preciso que mi vecina fuera una chica mas dulce que el manjar blanco, mas bonita que un jardin, mas viva que la alegria, y con unos ojos, que son mi nona, de pasionaria, para exponer á una celada á mi histórico gaban.

—Conmigo es eso?—la dije colocándome á respetable distancia.

—Con U., vecino.

—Otro dia.

—No tenga U. miedo, acérquese.

—No es miedo, vecinita, sino precaucion.

—Jesus! que vecino tan cobarde.

—Es el caso que U. es una enemiga temible.

—Se equivoca U.

—Pues, no lo estoy sintiendo?

—Qué siente U. si está sequesito.

—Me promete U. . . .

—Le prometo no mojarlo

—Entónces voy.

—Venga U. sin cuidado.—Y avancé unos cuantos pasos hasta comprometer medio cuerpo, dejando un flanco libre para tomar la retirada en caso de ataque; aunque el otro flanco del lado izquierdo estaba ya tomado por la avanzada que habian enviado sus ojos y era imposible correr por allí.

En semejante posicion, nada ventajosa, en verdad, procuraba tomar al enemigo, que colocado en las alturas del balcon, solo estaba al alcance de mis tiros de cañon, vulgo zalamerias, no pudiendo hacer uso de la infanteria, vulgo suspiros, ni poder maniobrar la caballeria, vulgo apretones de mano.

—Vecina, donde está U.?

—Aquí vecino.

—Me vá U. á tomar á traicion.

—Soy muy leal.

—Todas las mujeres dicen lo mismo, principalmente las hermosas como U.

—Adulon.

—Digo la verdad.

Y mi vecinita me hechó una sonrisa conquistadora y dejó ver una hilera de dientes, que no eran dientes, sino perlas. A medida que el diálogo se animaba, iba olvidando que estábamos en combate, y que se trataba de un simple parlamento, y me entraban unas ganas de mirarla de mas cerca, de estrecharla sus manos, que se traslucía en mi semblante. Para achaques de conocer semblantes se pintan las hijas de Eva;

así es que, aprovechando de la confianza en que estaba de mi mismo, volvió á decirme.

—Vecino, suba U.

¡Adios campaña! Adios gaban!

Entro, subo la primera escalera, que terminaba en un descanso, ó entre-suelo; cuando ¡agua vá! siento una lluvia nutrida, compacta, que cae sobre mi cabeza, me aplasta el chapeo, que era de pelo, me ciega, me aturde y me hace exclamar ¡traicion! ¡traicion! Al instante siento dos robustos y escamosos brazos de una *zamba* que me estrechan por la cintura, mientras unas manitas delicadas y suaves me asen de las mias.

—A la tina! á la tina!, grita una multitud de voces correspondientes á otras tantas mujeres, que saliendo de diferentes partes, se precipitan sobre mí, me alzan en peso, como una pluma, me llevan por los aires, en medio de una gritería infernal, de la que solo percibo esta frase—“cayó el vecino leviton”—me sumergen en una enorme tina llena de agua teñida de azul, carmin y otros colores: yo entre tanto, con el sombrero enterrado hasta los ojos, protesto, invoco, suplico, digo—basta! basta! nada, adentro y agua conmigo, mas que conmigo con mi pobre gaban, en cuyo trájico fin pensaba ya en esos momentos: y así en tal estado, hecho una sopa, me dejan, me abandonan, y para mayor escarnio, cuando acierto á sacar la cabeza, distingo á mi vecinita que desde lejos, con el pañuelo blanco envuelto al cuello me decía con sorna y aire satisfecho—vecino, ahora paz!—

Pobre gaban! Ningun tintorero, ningun lavandero, ningun sastre, ni el mismo que le diera vida, pudieron quitarle las manchas horribles que la pintura impregnada le había ocasionado. Le dí, por aposento, el mas humilde de los rincones de mi cuarto, por lo invisible; y allí estuvo hasta que pasó á cubrir las espaldas de un negro viejo, aguador jubilado.

Así son las cosas del mundo. Cuando mas estimacion se tiene por ellas, cuando mas cuidado se pone en conservarlas, una debilidad nuestra, un deseo vano producido por una esperanza tal vez, nos la arrebatada y nos la hace perder para siempre.

PAULINO FUENTES CASTRO.

LA VENTURA Y LA VERDAD.

(APÓLOGO PERSA.)

Desposados estaban un buen ciego
Y una mujer de fealdad horrible;
Pero en union vivian apacible,
Porque se amaban con igual ardor.
Ademas, ni lo feo ni lo lindo
A tal marido impresionar debia.
A su esposa quizas bella creia
En la vision interna de su amor.

Un médico ofrecióle abrir sus ojos
A los encantos mil de la Natura;
De los cielos mostrarle la hermosura,
De los campos el múltiple matiz.
No aceptó. Hizo mal? “Doctor, le dijo,
“Gracias os doy; pero mi esposa cara
“No el amor que le tengo me inspirara,
“Y ser no puedo sin su amor feliz.

“Si vos del cielo correjir las obras
“Quereis, haced á mi mujer hermosa;
“O dejadme en mi noche tenebrosa,
“Respetando de Dios la voluntad.”
El persiano Saadi [1], el gran poeta
Que consigna en sus páginas este hecho,
Pregunta: ¿Qué nos es de mas provecho,
Poseer la Ventura ó la Verdad?

CONSTANTINO CARRASCO.

1864.

VIRGEN MUERTA.

Oh! make her agrwe where the sun-beains rest
When they promise a glorious morrorr!
They'll sink v'er her sleep, like a smile from the west
From her own loved land of sorrorr.

TH. MOORE.

Allá al extremo de la selva vírgen
Donde en la playa el mar siempre suspira,
Allá do gime el zéfiro en la tarde
Y ostenta el arrebol mas poesía;

Yo os lo ruego, dejad que allí repose
La muerta vírgen que adoré en la vida,
Como adora el perfume de las flores
Del bosque hermoso la nocturna brisa.

En torno de ella pesarosas vírgenes
Exhalen sus dolientes melodias,
Y yo en la noche, al asomar la luna,
Junto á su tumba pulsaré mi lira,

Quiero adornarla de fragantes flores
Al despuntar la estrella matutina,
Y la esencia de cánticos divinos
Verter sobre su tumba de rodillas.

Marchitada corona del poeta
Ella con flores adornóte un dia:
Con el aliento del amor primero
En el sagrario de su pecho ungidás.

De los sepuleros el helado viento
Ay! al pasar sobre la frente mia
Se rió de tí. . . Yo mismo á deshojarte
Ahora iré sobre su frente lívida.

Yo no te profané, tú duermes pura
Oh! dulce amante de infantil sonrisa:
Bien pronto al menos estaré contigo,
La muerte leo en mi fatal desdicha!

D. DE V.

Lima, 1871.

AMBICION.

Ayer paseando en mi caballo altivo
Campos que en etro tiempo recorrí
Dije, viendo una choza muy humilde:
Yo viviria aquí.

Luego entré á la ciudad y ví un palacio
Cuyo lujo imperial me deslumbró,
Y dije al ver cristales y tapices:
Aquí viviera yo.

Y es que la pretenciosa clase media
Formúla su ambicion en esta ley:
O ruin choza de cañas, ó palacio,
O ser pastor ó rey.

EL CHICO TERENCEO.

(1.) Saadi floreció en el siglo XIII: el mas célebre de sus escritos, es el *Gulistan* [Jardin de rosas], coleccion de sentencias y anécdotas morales, que se han traducido en varios idiomas.

COLABORACION CHILENA.

DEFINICION DEL AMOR.

EL amor, en su acepcion mas lata, es aquel hechizo irresistible que atrae á todos los seres, aquella afinidad secreta que los une, aquella chispa celeste que los perpetúa: y en ese sentido todo es amor en la creacion.

Considerado bajo el aspecto moral, es una inclinacion del alma hácia lo verdadero, lo bello y lo bueno.

Bajo el aspecto religioso, Dios, es amor, y el amor es toda su ley. *Amor de Dios*, soberano criador de todas las cosas, y *amor de los hombres*, sus mas nobles criaturas: hé aquí, en resumen, la teoría cristiana del amor.

Del amor de Dios, que es el amor en toda su plenitud, se deriva la ley armónica del amor del prójimo, el cual comprende sucesivamente la *familia*, la *patria* y la *humanidad*, familia inmensa que tiene á Dios por padre y al mundo entero por patria.

Para los fisiólogos, el amor, es aquella inclinacion imperiosa que atrae recíprocamente los dos sexos, cuyo objeto providencial, es la conservacion de la especie. En los animales, el amor, puede no ser mas que una necesidad física; mas en el hombre, especialmente en el civilizado, no puede considerarse separado de una necesidad del alma, de un sentimiento moral, sentimiento que acrece hasta lo infinito sus embelesos y su duracion; este sentimiento, es la *amistad*, ella forma la *mitad* del amor, pero su mitad mas pura, su mitad mas bella y duradera.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.



EN la noche del Jueves 4 del presente tuvo lugar en los salones de esta asociacion literaria una actuacion muy interesante, así por su novedad como por su objeto.

Congregados los miembros del Club y muchas otras personas notables, el Señor Rossel, presidente de la Seccion de Literatura, abrió la sesion con las siguientes palabras:

SEÑORES:

Al abrir esta sesion notable por mas de un título permitidme que os felicite y manifieste la profunda satisfaccion que siento al ver que nos haya sido dado cumplir la obligacion que nos impone nuestro reglamento de dar una conferencia anual de una manera tan poco comun como brillante.

Poco comun por que debemos considerar como un acontecimiento literario muy importante que el que debe llenar este deber sea uno de nuestros miembros que pertenece á la mitad mas preciosa de la humanidad. Brillante porque cuando este miembro se llama Juana Manuela Gorriti, puedo asegurar que nuestras esperanzas serán satisfechas de la manera mas completa y espléndida.

Sí, vamos á escuchar á la ilustre escritora digna de los mayores elogios, no solo por su conocido talento, manifestado en las producciones con que cada dia nos hemos deleitado, sino porque ella ha influido poderosamente en que se desarrolle el gusto por las letras, en la inteligente juventud que pertenece á su sexo.

Debemos pues creer que tan noble ejemplo, no dejará de tener imitadoras y que mas de una vez vendrá á este modesto, pero augusto templo de las letras, alguna de las otras que dan lustre á la literatura peruana, á rendir su tributo y á recojer los lauros con que, gustosos, ornaremos sus hermosas cabezas y que no marchitan, ni los rigores de la edad, ni la mano del tiempo.

Agradezco, mientras tanto á nombre de la Sección de Literatura, el primer paso dado en este sentido por la ilustre literata, en el seno de nuestra asociacion y ya que el destino debe alejarla de nuestras playas, temporalmente, viva segura de que envueltos en la brisa del magestuoso Plata, acariciarán su noble frente, y ellos serán el osculo de nuestro sincero afecto y el tributo de nuestra justa admiracion.

En seguida la Señora Juana Manuela Gorriti, cumpliendo el ofrecimiento que le tenia hecho al Club, leyó el siguiente discurso:

SEÑORES:

Desde que fuí llamada por vosotros al seno de esta ilustre corporacion, he anhelado venir á espesaros personalmente mi profunda gratitud por tan alta honra. Hoy, que un incidente imprevisto me obliga á emprender un viaje, no he querido realizarlo antes de obtener el honor de esta audiencia, que llevaré como un timbre de gloria para mi humilde individualidad.

Si las circunstancias no me hubieran tomado tan de improviso, habria deseado dejaros un recuerdo de esta noche en algun trabajo meditado, que correspondiera, mas ó menos á los grandes y nobles fines que este instituto se propone para el bien trascendental de la gran sociedad, en cuyo seno ha plantado sus raices fecundas y regeneradoras.

Mas ya, que no me es dado llenar este deber al grado de mis deseos, y al nivel de las altas miras que se traen á este recinto, permitidme consagrar unos breves momentos, no al desarrollo histórico y filosófico de una idea que, hace largo tiempo, tortura mi mente; sino tan solo para llamar sobre ella vuestra atencion, si como yo, la la encontrais digna de tomarla en cuenta. Por que, siendo el objeto de esta asociacion acoger y aclimatar toda idea nueva

que, en la ciencia, en la literatura ó el arte, tienda á elevar el tono moral del individuo y de las sociedades, debe serlo tambien, combatir las aberraciones y las falsas ideas que se apoderan de ellas, apoyadas por el prestigio de la costumbre, de la moda; y á veces, sancionadas por la aparente necesidad de progreso.

Hablo, señores, de ese funesto empeño de enviar á nuestros hijos; en su temprana edad, á educarse en Europa, principiando por sacrificar, de antemano, los sagrados vínculos que unen al hombre con la familia y con el país natal.

Lejos está de mí, la idea de que la educacion en Europa sea dañosa en general para la juventud americana. Aquellos países son, en su historia, en su literatura, en sus monumentos, en sus génius, en sus hechos diarios, el modelo de la perfeccion humana, en todo sentido, así en sus razas, como en sus progresos intelectuales morales y materiales. Allí está el gran laboratorio de los hechos y de las ideas que marcan el rumbo á la humanidad entera; y el jóven americano que vaya á estudiarlos, llevando el corazon y el alma formados ya retemplados en el amor del hogar y en la severa sencillez de las costumbres republicanas, alcanzará, sin duda, de esa contemplacion inmediata; provechosos frutos.

No así, el pobre niño á quien arrancan un dia al calor de la cuna, á los brazos de una madre, para embarcarlo, anegado en lágrimas, enviándolo, entregado á estraños, lejos de todo aquello que tiene costumbre de ver y de amar.

Arrojado en un mundo desconocido cuya lengua ignora, languidece, durante algun tiempo, amilanado, entristecido, en ese aislamiento doloroso. Despues, con la ligereza inherente á la infancia, olvídale todo; madre, familia, hogar; arrójase en los brazos del primero que le sonrie; entrégale su alma; aprópiase las costumbres, opiniones y gustos del país que habita; se empapa en ideas monárquicas; adquiere hábitos de lujo, de derroche y de sensualismo que lo hacen egoista; y cuando un dia vuelve á la patria, en vez de la santa alegría del regreso trae el alma lacerada por el dolor de un doble ostracismo: Allá el ostracismo de la nacionalidad; aquí el ostracismo del corazon. O bien, sediento de riquezas, de goces á todo trance, á toda costa, conviértese en instrumento de todas las tiranias que se levantan en el suelo americano, y es el resorte de las especulaciones mas fraudulentas, audaces y ruinosas. Autócrata en el poder, y comunero desenfrenado cuando está con el pueblo; inspira el crimen en los palacios y en las multitudes, dándole una atrocidad elegante y científica de que carecen los hechos de barbarie de las tribus africanas.

Sé bien, señores, que examinar las condiciones peculiares de edad, raza, nacionalidad y familia, en que un jóven va á Europa á la vez que aquellas en que trasportado allá, se le coloca en esas sociedades; y de que modo unas y otra, se convinan para producir los funestos resultados que acabo de esponer, seria un trabajo de alta

psicologia y de la Ciencia Social, no menos honroso para su autor que de profunda enseñanza para las naciones hispano-americanas y de serias consecuencias para su porvenir. Pero careciendo yo de las dotes necesarias para llenar debidamente esa digna tarea, al ofrecer á vuestras reflexiones un tema de tanta importancia para el presente, como para lo venidero, desahogo mi conciencia del peso de un deber, y mi alma de una idea que la affige y la oprime.

Confio en que le dareis acogida preferente en vuestros trabajos humanitarios, por cuanto ella se relaciona con lo mas intimo de la familia, con lo mas sensible del corazon humano, y por una trascendencia inevitable, con la suerte futura de nuestras sociedades.

Terminada que fué la lectura de este discurso, el poeta colombiano Sr. Juan Francisco Ortiz, hizo leer la siguiente composicion poetica, que habia improvisado en honor de la Señora Gorriti:

A LA SEÑORA JUANA MANUELA GORRITI.

(En el Club Literario de Lima.)

Una Musa, es una hermana
Sea chilena ó argentina
Como la Musa divina
Que la inspira á Doña Juana.
Y la mia colombiana
Aunque enferma y achacosa
En noche tan deliciosa
Quiere un verso improvisar.
Ya que no le puede enviar
De diamantes una rosa.

De diamantes la querria
Y que valiera millones
Y con veinte corazones
A sus plantas la pondria;
Válgame Dios que alegría
Sintiera mi corazon
Si en esta corta sesion,
Alcanzara á demostrarle
Que aquí he venido por darle
Pruebas de mi estimacion.

Nuestra vida es un conjunto
De "Sueños y Realidades,"
De mentiras y verdades
De bien y mal un trasunto;
Pero conviene hacer punto,
Callar será lo mejor
Cuando un Génio superior
Hoy se presenta á animarnos
Y tambien á deslumbrarnos
Con todo su resplandor.

El señor Presidente, del Club Dr. Don Francisco Garcia Calderon antes de levantar la sesion, se expresó mas ó menos en los siguientes terminos:

Señora Gorriti:

Siempre ha procurado el Club atraer á su seno á las distinguidas escritoras que se consagran entre nosotros al cultivo de las Letras; y por eso fué un dia á interrumpir vuestras labores, solicitando el valioso concurso de vuestra inteligencia. Ese concurso nos fué ofrecido en el acto, con la promesa de venir personalmente á leer uno de esos trabajos que recoje luego con

avidez y conserva con religioso respeto la literatura americana, que os debe tan importantes servicios y por cuyo progreso trabajais sin descanso.

La circunstancia de haber sabido nosotros ayer solamente vuestra resolucion de leer una conferencia ántes de partir al Plata, nos ha impedido dar á este acto todo la solemnidad debida y ha privado á muchos socios del inefable placer de trataros y de escucharos; pero llevad señora la seguridad de la profunda estimacion que os tiene el Club; de lo mucho que os agradece la iniciativa que acabais de tomar, dando al bello sexo un ejemplo que muy pronto será imitado; y llevad en fin, los votos que haremos por vuestro pronto y feliz regreso á esta segunda patria que os estima por vuestras virtudes y os admira por vuestro talento.

Prueba elocuente de ello es la concurrencia numerosa que ha asistido á este acto, sin haberse hecho las invitaciones de costumbre; prueba de ello es el interes con que se os ha atendido, y los aplausos que os han interrumpido durante la lectura.

ADIOS DEL ALMA.

A JUANA MANUELA GORRITI.

Con motivo de su viaje á Buenos-Aires.

Me diste el corazon de noble amiga,
Y yo te dí mi tierno corazon;
Fué mi antorcha la luz de tu talento,
Y la luz de los cielos me alumbró.

Hoy te ausentas de mí, y en un suspiro
Me das tu triste, postrimer adios.
¡Ay! plegue al cielo que mi llanto escuches
Como una trova de mi ardiente amor!

Y cuando veas de tu patrio suelo
La galanura y el brillante sol,
Pienses que en Lima por tu ausencia llora
La poetisa á quien dijiste adios!

Adios! amiga á quien mis glorias debo;
Adios, bello ángel de dulzura, adios!
Te ausentas, mas tu imagen adorable
Guardará con amor mi corazon!

ADRIANA BUENDIA.

Lima, Febrero 5 de 1875.



TRISTE como una flor que se marchita, terrible como la imagen de la muerte, es el adios que nos envia una persona querida. Me espanta la profundidad de ese abismo que llamamos ausencia, y cada uno de sus horribles instantes me hace estremecer de congoja.

Así pensaba yo, contristada, cuando escuché la despedida de un ángel de bondad, que en las alas del vapor se aleja de nuestras playas. Juana Manuela Gorriti,

cuyo esclarecido nombre y cuyas nobles virtudes tan conocidas son en Lima, la ilustrada directora de LA ALBORADA, la amiga de las amigas nos deja por algun tiempo. Quiere ver por la última vez el cielo de Buenos-Aires; y aspirar las blandas brisas que acariciaron su cuna. Propicio le sea el tiempo, y torne, lo mas pronto, á nuestros amantes brazos!

Saludo cordialmente á las bellas lectoras del "Mosaico," que con no poca admiracion verán mi humildísimo nombre, en este lugar escogido, en vez del nombre apreciable de su inspirada redactora. No os alarmeis, señoritas: es una gracia especial, es un favor remarcado que ha querido concederme ese corazon tan noble, mientras permanece ausente de sus sirenas del Rímac; llegando su generosidad al extremo de asociarme, en la tarea, á la elegante poetisa señora Villarán de Plasencia, de quien debeis esperar las flores que yo no tengo.

El acreditado abogado ecuatoriano D. D. Miguel Riofrio, y el conocido juriscónsulto peruano D. D. Antonio Saldaña abren su estudio para dedicarse asociados á la defensa de las cuestiones judiciales que se les confie.

Los vastos conocimientos y la reputacion que ambos poseén, son la mejor garantia que el público puede contar, si como es de esperar acude al estudio de los nuevos asociados.

Lucida estuvo la ceremonia de instalacion del congreso extraordinario de 1875. Nuevas esperanzas para la patria!

Peró mas lucidos estuvieron los portales, los balcones y las ventanas de las calles que conducen desde el palacio del Gobierno, hasta los salones del Congreso: la gracia y la elegancia de las limeñas lucieron con todo su esplendor.

Sigamos nuestro camino. Cruzando las calles en un ligero carruaje, estamos en el bazar de modas de la señora Dupont, que es un ameno jardin donde el matiz de las finísimas telas, las cintas, los encajes y las flores artificiales forman tan bello conjunto, que es imposible dejar de sentirse entusiasmadas por la elegancia y el buen gusto. Todas las confecciones son delicadas allí, y presentan á las hermosas un campo vasto para luchar con los rigores del verano.

Aquí teneis un sencillo pero elegante vestido, que se extrenará en un baile, el Domingo de Carnaval: falda vaporosa de tul con tres volantes rizados, un delantal de pomos que figuran tres palmas entretregidas y una preciosa chaquetilla guarnecida de encajes con toda la gracia y buen gusto que el arte nos aconseja.

Os anuncio que las lindas muselinas de dibujos y de flores vuelven á estar á la moda: ved sino el elegante surtido que de ellas ha recibido la casa de Chesse y Poutmaroux, ved los anuncios que publica *El Album de la Elegancia*.

Sin ser nosotros los hebreos, que á pesar de las prohibiciones del Deuteronomio celebraban con disfraces y bulliciosamente la

fiesta de Pharino, instituida en memoria de haberse libertado los judíos de las acechanzas de Amán; sin ser nosotros como los griegos entregados al bullicio y á la algazara, cubiertos sus rostros de hojas y teñidos de diversas pinturas; sin seguir las tradiciones de la antigua Roma, que concedia á los esclavos un dia de miserable desahogo, en que poniéndose los vestidos de sus amos, se sentaban con ellos á la mesa, mandaban y eran obedecidos, tenemos tambien nuestros dias, de locura, de algazara, de máscaras y de jarana.

Estos dias tocan ya precipitadamente á nuestras puertas, y nos anuncian la llegada de un viejo, mas antiguo que el cristianismo: su nombre es CARNAVAL, y es el precursor infalible de los próximos dias de contricion y abstinencia.

No soñemos jamás con dias de desenfreno como los del carnaval de Venecia; pero busquemos la alegría y el solaz en la amistad y en la franqueza. No ambicionemos los bailes sin rival del tiempo de Luis XIV; pero concurremos alegres á nuestros elegantes salones, que bien se puede decir en carnaval con Moreto:

"Venid los galanes
A elegir las damas,
Que en carnestolendas
Amor se disfraza.

Después de carnaval hablaremos. Supongo que entonces habremos perdido el brio y y llevaremos un signo de ceniza sobre la frente.

Una sesion sin igual tuvo lugar en el Club Literario, la noche del Jueves 4. La eminente literata señora Juana Manuela Gorriti dió una lucida conferencia, cuyos documentos publicamos en otra seccion. Pocas veces ha tenido el Club concurrencia mas lucida en sus salones, y pocos aplausos han sido mas merecidos ni dignos de mencionarse como un verdadero y espontáneo tributo hecho á la inteligencia.

¡Salud y fresco para el verano!

ADRIANA BUENDIA.

Soluciones á la charada del No. 16.

Lo ví pronto en la primera,
Lo bio así mismo me fué
Lo encontrar en la postrera
Lo h señor! yodo el todo era.

M. E. DEL V.

"Yodo."

ALMANZOR.

CHARADA

Una letra es mi primera,
Mi tercera, otra que tal
Y bebida estomacal;
Letra tambien mi postrera.
Segunda y terciá es un necio;
Tres primeras, lo fué Atila,
Tercia y cuarta al viento oscila,
Sin que la venza el más recio.

Primera, terciá y final
Califica á una mujer
Que no es como debe ser,
Ni lo es en lo general.

En mi todo se extasia
El que inventó el arabesco,
Y puede tomarse el fresco,
Y estudiar la astronomia.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.º 128 y 130.